

Sobre el acantilado*

Michel Bertrand**

UNIVERSITÉ DE TOULOUSE-LE MIRAIL, CASA DE VELÁZQUEZ (MADRID)

Thomas Calvo

EL COLEGIO DE MICHOACÁN

Desde hace unos cuarenta años, el estudio de las sociedades dentro del espacio latinoamericano, sean estas coloniales o poscoloniales ha sido marcado por una renovación tanto de los enfoques como de los métodos o de las problemáticas. En los años sesenta y setenta del siglo xx era preponderante un enfoque de tipo estructural hacia este objeto histórico. La reconstrucción de lo social estaba influida o bien por el modelo que desarrollaron dentro de la historiografía francesa E. Labrousse y sus discípulos, o más directamente por el enfoque marxista de lo social. Las categorías sociales utilizadas para lograr estos análisis se relacionaban fundamentalmente con las categorías socioprofesionales. Cuando en Francia los historiadores estudiaban los “medios populares”, urbanos o rurales, o bien los burgueses de París, la historiografía americanista se interesaba en los mineros de Guanajuato, o tratándose de los grupos populares, en los indios de tal o cual comunidad, recordando o sobreponiendo categorías socioétnicas y socioprofesionales. Todo esto, como debe ser, en un marco geográfico preciso: en la materia, los trabajos de Charles Gibson, en los años cincuenta, fueron pioneros.

Es cierto que los aportes de la etnohistoria y de la antropología histórica habían contribuido a renovar el enfoque hacia las realida-

*Bien pensado este título es menos pesimista que el de Roger Chartier, *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*, París, Albin Michel, 1998 [*En el borde del acantilado. La historia entre certidumbres e inquietud*].

**michel.bertrand@casadevelazquez.org; calvoth@colmich.edu.mx

des sociales americanas, con más matices, y sobre todo un acercamiento más dinámico de los hechos sociales gracias, en particular, al recurso de los conceptos de aculturación –hoy se utilizaría de preferencia el de transculturación, menos unilateral–, el de etnogenesis o, lo mismo, el de identidad, nociones que ponían en tela de juicio las reconstrucciones sociales entonces predominantes... Poco importa: el balance historiográfico que hace F. Chevalier, en una obra que precisamente restituye el análisis de las sociedades latinoamericanas en los años sesenta-setenta, demuestra que la mirada dominante es aquella puesta en aplicación a partir del modelo estructuralista. Tratóse de esas sociedades tradicionalistas vistas en el momento de la transición de la época colonial a la poscolonial, escribe Chevalier con firmeza “que estaban constituidas no por individuos o ‘ciudadanos’ pero esencialmente por actores colectivos. Se trataba de estamentos y de cuerpos socioprofesionales [...] muy jerarquizados”.¹

Es precisamente este enfoque preponderante quien ha sido progresivamente discutido en el marco de lo que se ha calificado como “la crisis de la historia”, si retomamos el título de G. Noiriel. Más que crisis se trataba del cuestionamiento de un modelo historiográfico hasta entonces dominante y hasta exclusivo. Ese “giro”² (*tournant*) historiográfico entretejía por lo menos tres innovaciones: la toma en cuenta de diversos niveles de análisis, en particular el micro, cuando únicamente los acercamientos macrosociales eran hasta entonces considerados como pertinentes; la introducción de nuevas variables dentro del análisis de la estructuración de lo social, permitiendo reconstituir los grupos sociales; la preocupación de pasar de una simple reconstrucción de las estructuras sociales a la toma en cuenta de las dinámicas que las mueven.

Dicho de otra forma: era necesario pasar de las “corporaciones”, por presentes y útiles que sean dentro del tejido histórico, a los lazos que ligan los individuos a estas instituciones, o bien entre ellos mismos. No cabe duda que las sociedades hispanoamericanas han tejido, de forma más duradera y con más firmeza que otras, lazos

¹ *L'Amérique latine de l'Indépendance à nos jours*, París, PUF, 1993, 284.

² Con el sentido que dio B. Lepetit a esta expresión. Véase “Histoire et sciences sociales: un tournant critique?”, *Annales ESC*, núm. 6, 1989, 1317-1323.

múltiples que se han tratado de poner en evidencia de varias maneras, por medio de las redes —aquí la América hispana ofrece perspectivas de análisis particularmente ricas—. Y esto desde las primeras huellas documentales mismas: la justicia fue la fuente de legitimación mayor de la Monarquía —y sus yacimientos archivísticos son de una extremada elocuencia—; los archivos de la Inquisición, o los de Bienes de Difuntos permiten un acercamiento sin igual al individuo; y nada diremos de huellas más clásicas como los pleitos judiciales, las correspondencias privadas o comerciales.

Aunque le cueste a veces al historiador comentar algunos de sus instrumentos más técnicos, se debe aquí recalcar que la utilización de la informática, de las bases de datos desde los años 1990-2000, son aportes esenciales. Las sociedades del Imperio español (la Monarquía católica), después las de los siglos XIX-XX, están cabalgando sobre varios continentes o, por lo menos, lo que es hoy una veintena de Estados latinoamericanos. El movimiento browniano de las migraciones, las situaciones familiares transoceánicas, las transferencias políticas, ideológicas, requieren perspectivas documentales dilatadas en ese amplio marco geográfico. Es lo que la globalización de lo virtual —puede tener lados positivos— pone por fin al alcance del historiador americanista.

Hay otra realidad material que ha favorecido desde hace algunas décadas una renovación de la historiografía latinoamericana: la apertura o, por lo menos, la puesta a disposición efectiva de los historiadores de fondos de archivos hasta entonces poco o nada accesibles, los de la Iglesia en particular. De tal modo que las investigaciones sobre los cabildos catedralicios se han llevado a cabo o se están desarrollando (el de Valladolid de Michoacán, actual Morelia, el de la ciudad de México). La simple transferencia de los archivos judiciales de la alcaldía mayor de Villa Alta, desde la sierra zapoteca hasta la ciudad de Oaxaca ha favorecido la publicación, estos diez últimos años, de por lo menos cinco libros, en México, en los Estados Unidos, en Francia, donde sociedad política, antropología religiosa y *microhistoria* a la italiana hacen un feliz maridaje. Resultaría difícil encontrar algo equivalente en las latitudes europeas ya muy trilladas.

Por lo tanto es una visión más flexible, más fluida, más compleja, que nos ofrecen estas perspectivas renovadas; y esto por ser enfoques más individualizados y a veces más desligados de los espacios, de las identidades y de las adscripciones sociales, hasta entonces apoyadas fundamentalmente sobre la dimensión socioeconómica y socioprofesional.

Es acerca de esas nuevas perspectivas de lo social que se quiere testimoniar en este dossier concebido y publicado conjuntamente por las revistas *Caravelle* y *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*. La renovación historiográfica ha sido tan profunda y tan amplia que con un dossier en un solo número de revista no hubiese sido suficiente. Por lo tanto, y para ampliar el campo del análisis propuesto nos pareció pertinente asociar, en la elaboración de este proyecto ambicioso, estas dos revistas americanistas, una francesa, la otra mexicana. Las secciones que se publican simultáneamente nos permiten ofrecer una visión, lo más extensa posible, de ese giro historiográfico que ha transformado la historia social americanista, sin que podamos tener aquí alguna forma de exhaustividad, a la cual, por lo demás, no se pretende.

El dossier conjunto, al asociar dos secciones que publican las dos revistas y que son complementarias, propone más bien un panel representativo de los campos de investigación desbrozados estos últimos años por parte de los historiadores americanistas interesados por la cuestión social en toda su amplitud y su diversidad. Dentro de esa perspectiva *Caravelle*—en su número 101—escogió dar a conocer trabajos que ilustran las renovaciones dentro de la historia de las sociabilidades. Por su lado, *Relaciones* (número 139) se centró sobre textos que ilustran las transferencias desde la antropología o la sociología hacia la historia en términos de relatos de vida, explorando desplazamientos de centros de gravedad hacia perspectivas más abiertas.

El dossier que propone *Caravelle* sobre las sociabilidades vuelve a explorar una temática que tuvo su reconocimiento a partir de los años sesenta. Su despusite reflejaba entonces una evolución importante dentro de las problemáticas desarrolladas en aquel tiempo por la historia social preponderante. Por lo demás, durante mucho

tiempo el término mismo de “sociabilidad” no fue utilizado, los historiadores tuvieron una preferencia por el de “relaciones sociales”. Dicha categoría de análisis era más utilizada por los sociólogos, quienes desde Georg Simmel hasta Norbert Elias, y de paso Georges Gurvitch, la manejaban con el fin común de entender, ya desde Durkheim y Weber, las modalidades de construcción y de estructuración de los lazos sociales. Tratándose de los historiadores, la convergencia que constituían las supremacías de la escuela de los *Annales* y de la teoría marxista fomentó de hecho la dominación de un enfoque amplio de las relaciones entre individuos, esencialmente a través del marco que constituyen los “grupos sociales”, estos últimos fueron sobre todo definidos con base en criterios socioeconómicos. Con este contexto historiográfico, el análisis de las relaciones sociales desarrollado durante décadas remitía con toda claridad a un acercamiento estructural de lo social.

Es por medio de la historia social de lo político y de sus representaciones que la categoría “sociabilidad” entra en el campo histórico francés, por lo menos. En este descubrimiento por parte de la corporación de Clío, dos historiadores tuvieron un papel importante: M. Agulhon y Y. Castan.³ Sin haber probablemente leído entonces a Norbert Elias –la traducción de sus dos principales obras en francés es contemporánea o posterior–⁴ sus reflexiones, su uso amplio de la sociabilidad, van por el mismo camino que las del sociólogo alemán. Para Elias, los lazos sociales funcionan en primer lugar como relaciones de poder, y de este concepto emerge la importante interdependencia de los actores sociales y la concepción “de configuración” del juego social que se demuestra con la metáfora de los jugadores de naipes.⁵

Ese nuevo concepto de los lazos sociales es el que queda asociado a la categoría de sociabilidad. Ésta abre la posibilidad de concebir a los grupos sociales como actores colectivos constituidos por individuos relacionados entre ellos; permite sobre todo aprehender las

³ Maurice Agulhon, *La République au village*, París, Plon, 1970. Yves Castan, *Honnêteté et relations sociales en Languedoc, 1715-1780*, París, Plon, 1974.

⁴ 1973 y 1974.

⁵ Norbert Elias, *Qu'est-ce que la sociologie?*, París, Pandora, 1981, 157.

“cadenas de interdependencia” que dan origen a nuevas configuraciones sociales, diferentes de los grupos sociales tradicionales, y para las cuales las “redes de sociabilidad” son la expresión más frecuentemente usada como categoría de análisis.

El dossier de *Caravelle* sobre sociabilidades propone tratar tres dimensiones. La primera las estudia a través del prisma del contexto familiar. A partir de un proceder que viene de la antropología histórica, Juan Pablo Ferreiro y Federico Fernández exploran, para la primera mitad del siglo XIX, los principales dispositivos de construcción del parentesco, lo mismo real que simbólico, en el Valle Grande de la provincia de Jujuy. En esta región marginal de los Andes argentinos, conocida desde tiempo atrás por su alto grado de alianzas endogámicas, los autores ponen en evidencia otra forma de construcción relacional: la interacción entre estrategias matrimoniales y de compadrazgo entre individuos o grupos familiares identificados por sus apellidos y asidos dentro de relaciones secuenciales. El procedimiento de los autores pone en evidencia modalidades de relación y la creación de lazos de sociabilidad, que sin él quedarían poco visibles por estar ausentes de todas las fuentes disponibles.

El artículo de Laura Machuca se refiere al devenir de una de las familias más pudientes de la península yucateca al final del siglo XVIII. Este amplio clan familiar ofrece un excelente ejemplo de la importancia decisiva, para estas familias, de la creación y de la movilización de un capital relacional, sobre todo en el momento cuando es acusado de ser el instigador moral del asesinato del gobernador. L. Machuca reconstituye de esa forma el conjunto de los lazos sociales —en primer lugar profesionales y, sobre todo, comerciales, ya que el fundador de la dinastía fue un comerciante exitoso—, pero sobre todo matrimoniales; de estos últimos se recalca su papel en el proceso de ascensión social del grupo. Es cierto que con 15 vástagos que se deben de situar en el mercado matrimonial, entre ellos 7 mujeres, las posibilidades eran numerosas. Dentro de la puesta en obra de verdaderas estrategias paternas con el fin de reforzar la situación adquirida se observa la búsqueda de alianzas relativamente diversificadas hacia componentes sociales variados. Se puede pensar que esta apertura de espíritu paterno —sin ser excepcional, como lo demuestran otros estudios

sobre estrategias matrimoniales de miembros de la elite en este fin del siglo XVIII— fue concluyente. Al final del siglo, dos hermanos son a la vez miembros del cabildo de Mérida, lo que es un signo manifiesto de la integración del clan familiar dentro de la elite local.

El artículo de Eduardo Madrigal está en continuidad de dos maneras: refiriéndose al espacio urbano de Cartago en Costa Rica, trata también de las estrategias relacionales de la elite urbana, pero para el periodo posterior que se refiere a la crisis política de las independencias. Dentro del interés renovado hacia lo político, E. Madrigal construye su reflexión sobre planteamientos relativos al papel y al funcionamiento social de las elites urbanas en un contexto que desemboca sobre la ruptura del orden colonial. ¿Cuál fue la actitud de esas elites frente al colapso de un sistema del cual habían sido las beneficiarias durante más de 300 años? Más allá de la cuestión, esencial, de la renovación social interna del grupo en relación con esa crisis política, es también una pregunta sobre la movilización del capital material y relacional de esas familias, puesta al servicio de su capacidad para franquear el obstáculo que queda aquí planteado. Lo que también demuestra E. Madrigal es como esas estrategias relacionales, ligadas a los intereses económicos, contribuyen a asentar las bases de la sociedad costarricense actual.

La reflexión de E. Madrigal en relación con las estrategias familiares en un contexto ligado al orden político sirve también de transición a la segunda parte del dossier, dedicada precisamente al estudio del poder, tomado en cuenta desde el prisma de las sociabilidades. La contribución de Z. Moutoukias propone una aportación en una doble medida, a la vez teórica y como estudio de caso, tratándose de un acercamiento relacional a las instituciones. Apoyándose sobre algunos trabajos que han utilizado este tipo de análisis, plantea dos preguntas esenciales a nuestra comprensión del proceso de la crisis política del imperio español de finales del siglo XVIII, a saber: ¿sobre qué descansan los imperios?, ¿qué dinámicas, sobre todo relacionales, contribuyen a la transformación de los ordenamientos políticos e institucionales dentro de esos marcos imperiales? Tomando su terruño platense como punto de partida, Moutoukias pone en evidencia la importancia, para los mercaderes

porteños, de la circulación atlántica de los servicios y de los favores. Esto se enmarca dentro de tramas relacionales particularmente complejas: sin verdadera sorpresa estos intercambios se juntan con el parentesco, la amistad y las relaciones de negocio. La crisis del virreinato del Río de la Plata, abierta con las tentativas de ocupación militar de Buenos Aires por los ingleses en 1806 y 1807, pone en evidencia, con una intensidad particular, el papel político de esas configuraciones mercantiles egocentradas. Los ejemplos estudiados atestiguan los encajonamientos de esta circulación de los favores: el análisis de las redes personales de actores que actúan en varios niveles, locales lo mismo que imperiales, permite a Moutoukias entender la reproducción y la articulación del orden institucional con el mosaico de los compromisos personales que atraviesan dicho orden.

Para un periodo más retirado, y haciendo una apuesta contraria a la de la proximidad relacional, D. Barrera reflexiona sobre la cuestión de la distancia social aplicada a los jueces de las audiencias americanas. Se propone estudiar, en términos de tensiones funcionales sobre la distancia social en las formas de funcionamiento de la administración judicial en América. Su propósito consiste en localizar el lugar que se da a esa distancia dentro de la práctica del gobierno de esas provincias alejadas del centro imperial, y para el periodo de los Habsburgo. En esa época, la búsqueda de “una buena justicia” exige una verdadera construcción de la distancia entre jueces y litigantes. Y está ligada a la edificación de una legislación que la materialice prohibiendo toda proximidad relacional entre los unos y los otros. Dentro del dominio judicial hace prevalecer el valor del secreto como garantía de la distancia necesaria. Por fin, dentro del campo cultural, símbolos, lenguajes y códigos contribuyen también a construir tal distancia como la garantía de la imparcialidad judicial. D. Barrera saca de su análisis una conclusión importante relacionada con la concepción misma de la justicia para los siglos XVI y XVII y su ejercicio que va sin duda más allá del único caso americano: la distancia física entre el juez y el litigante es inversamente proporcional a la elaboración de la distancia social que los separa.

Con el artículo de E. Sanchez, dejamos el universo político colonial para tratar el de la Revolución mexicana. A partir del estudio de

las relaciones heredadas y tejidas por un líder agrario procedente de una comunidad mestiza del México central, se cuestiona la irrupción de la modernidad de los lazos dentro del contexto de la reafirmación de los pueblos y su reconocimiento jurídico como ser colectivo durante y después de la Revolución mexicana. La reconstrucción del recorrido de Marcelo Portillo le permite interrogarse sobre el papel de la red de clientes (*obligés*) que construyó dentro del marco de sus funciones locales de responsable de la distribución de las tierras de varias haciendas. Por ese medio emprendió una carrera dentro de un partido político que lo llevó, en los años 1920, a ser diputado federal. Denunciado por numerosos abusos, entre ellos tres crímenes, logró de forma sistemática escapar de la justicia gracias a la movilización de sus apoyos políticos dentro de la dirección de su partido en la ciudad de México. Las solidaridades paralelas creadas entre los miembros del partido desplazan así aquellas que las estructuras tradicionales —la asamblea de comunidad en particular— mantenían con dificultad. A la vista de este enfoque relacional del ejercicio del poder procedente de la Revolución se plantea la cuestión de la modernidad de esta misma: muy lejos de erradicar el poder caciquil tradicional, parece que los partidos políticos procedentes de la Revolución se acomodan con él y hasta lo reintroducen.

La última parte del expediente trata, por fin, de la cuestión de las sociabilidades bajo el ángulo de los lazos étnicos. Las dos contribuciones de E. Caula y B. Hausberger lo estudian para un mismo componente “étnico” de la elite colonial, el universo vasco. Estos textos subrayan a la vez la importancia del discurso de identidad en relación con prácticas relacionales destinadas a la vez a construir y a mantener esa dimensión de identidad. E. Caula se interesa, en particular, por la casa comercial de Martín de Alzaga, aquel mismo que estudió Moutoukias en cuanto a la movilización de sus redes en el marco de la crisis política posterior a 1806. E. Caula analiza los mecanismos relacionales movilizados al servicio de una actividad comercial que le permite articular esta casa de comercio del Río de la Plata con los circuitos mercantiles integrados dentro de la economía colonial y atlántica. Por su lado B. Hausberger enfrenta una crisis local que en el principio del siglo XVII vio confrontarse en Potosí a

los mineros de origen vasco con los demás, sean criollos o españoles no vascos. Ese conflicto, conocido en la historiografía andina bajo el nombre de guerra de “vascongados y vicuñas”, le sirve de pretexto para explorar los mecanismos de poder usados por esos pobladores que compartían los mismos orígenes vascos. Con esa finalidad asocia la dimensión étnica, en su sentido weberiano, con la dimensión relacional a través del papel de la cofradía dedicada al culto de N. S. de Aránzazu. Los dos casos estudiados subrayan la importancia en esas configuraciones relacionales del rol del “paisanaje” asociado a un discurso que asimila la “nación” vasca con un linaje. Tanto el uno como el otro permiten a los miembros del grupo encontrarse en posiciones de dominación dentro de los sectores económicos más dinámicos de las regiones donde se encuentran: la mina en Potosí para los siglos XVI y XVII, el comercio en Buenos Aires para el siglo XVIII. En ambas circunstancias y en contextos y épocas totalmente diferentes, la fuerza de los lazos construidos sobre bases étnicas garantiza una presencia mayor a lo que su peso numérico les podía ofrecer. En este sentido, prácticas económicas, discurso de identidad y sociabilidades étnicas se entretajan al servicio de recorridos individuales y apoyados con solidez sobre alianzas matrimoniales y solidaridades de paisanaje. El conjunto hace posible la construcción de fuertes y duraderas configuraciones relacionales que tienen como baza su adaptabilidad a coyunturas políticas movedizas y a menudo conflictivas.

Relaciones se acuerda de su fundador, Luis González, quien fue también uno de los inventores del término “microhistoria” y, por lo tanto, se volcó más en esa dirección. Es cierto que desde 1968, fecha de *Pueblo en vilo*, mucha agua pasó por debajo de los puentes, en particular con la *microhistoria* italiana. Sin olvidar la renovación de la historia (y sociología) política —aquí François-Xavier Guerra ocupa un lugar privilegiado—, y una derivación de la demografía histórica; el conjunto llegó a favorecer las historias —y por qué no los relatos?— y demás prosopografías, biografías y recorridos existenciales (*parcours de vie*).⁶

⁶ La sección de *Relaciones* fue coordinada por Gabriel Torres Puga.

Este proceder encuentra en su camino, por supuesto, las líneas de tensión tradicionales dentro de la sociedad —¿quién lo dudaría?—, que ya expuso la historiografía estructuralista, para este espacio hispanoamericano, pero vividas de forma más directa. Es el caso, por ejemplo, de la sempiterna alianza del sable (el Estado) y del hisopo, como se dice en Francia. Lo aclara el artículo de Juvenal Jaramillo dedicado al canónigo Luis Zerpa, quien fue también oficial de finanzas del Rey, a finales del siglo XVIII. Hay que tomar en cuenta, de una forma general, la omnipresencia de la Iglesia y con ella de la religión. Zerpa, por supuesto, pero también las religiosas que viven enclaustradas, que logran escaparse en pensamiento y también a través de sus autobiografías: “quiera Dios que yo pueda escribir todo lo que me falta” escribe una de ellas en el siglo XVII. Remitimos al artículo de Doris Bieñko de Peralta.

Por supuesto, los tejidos se desgarran por todos los lados, y si la Iglesia sigue siendo (aún) el camino real, hacia 1800, para lograr una carrera exitosa, garantiza cada vez menos una existencia tranquila y pensamientos ortodoxos.⁷ Así nos lo cuenta la vida del joven eclesiástico criollo Juan Antonio Montenegro y del cirujano francés Jean Durrey estudiadas por Gabriel Torres Puga. La Inquisición sigue presente, como la estatua del Comendador, y tiene el suficiente alcance para poner la mano sobre Juan Antonio “hereje formal, indiferentista, tolerante, imbuido en las pestilencias máximas de la furiosa Convención francesa”. Estamos en 1794, tenemos que paladar cada palabra, darle su sentido y su peso entonces: ameritan un trabajo con navaja fina, puntiaguda. Es el que permite el proceder actual, que busca los sentidos (hasta en lo fisiológico) dentro de los términos, detrás de ellos, y hasta en los silencios.

Hay destinos aún más modestos, pero encerrados también dentro de la ideología y los comportamientos dominantes, como es el caso de la Madre Chepa, del puerto de Veracruz, hacia 1720. Supo construirse un espacio visible dentro de su sociedad, multiplicando los signos externos de notoriedad y una actividad intensa como coma-

⁷ Aunque bajo ciertas constelaciones esto no sea nuevo; recordemos el caso del cura Meslier en la Francia del XVII: ateo y comunista.

drona, curandera, casamentera (ya la *Celestina* en el xvi...). Éstos son destinos comunes de los cuales tenemos que medir la ejemplaridad en el marco de esta sociedad de Antiguo Régimen, flexible más allá de los esquemas preestablecidos. Y esto inclusive en el siglo xviii, cuando, probablemente –es una hipótesis– se instale cierta rigidez o, por lo menos, su apariencia.

Como siempre, voluntad de enmarcar o no, quedan intersticios por donde logran pasar personalidades más avispidas que otras, y es lo que nos comparte Raffaele Moro, relatando los destinos múltiples de José Agustín Saucedo, entre etnias –¿indios, español o mulato?– y espacios (de México a las fronteras del Norte), siempre un poco mentiroso y pícaro, “y sin embargo el mejor hijo del mundo”, como escribía Clément Marot.⁸ Otra vez, fluidez y flexibilidad nos saltan a la mente. Ya Cervantes escribía que las Indias eran a la vez “común refugio de los pobres generosos” y “engaño común de muchos y remedio particular de pocos”. Aquí se nos dice lo mismo, pero con el apoyo de otra literatura, la que procede de las páginas ennegrecidas de los archivos, por donde corre a la par tinta y sangre.

El conjunto del dossier presentado por *Relaciones* se localiza en Nueva España ya que ahí está su *matria* como diría Luis González y se extiende esencialmente sobre el siglo xviii. Son circunstancias que debemos tener presentes, y que llaman a trabajos comparatistas. Ya lo hemos escrito: no pretendemos en ninguna manera alumbrar todo el edificio colonial. Simplemente estas incursiones en el corazón de una sociedad la desvelan sobre ciertas de sus vertientes, las más libres, las menos esperadas. Más adelante se tendrán que enlazar con la otra perspectiva, de la otra sección: ¿están estos electrones libres verdaderamente fuera de toda red? No por supuesto en el caso de las religiosas, cuyos lazos familiares atraviesan la clausura, no por supuesto en el del canónigo Zerpa; hasta José Agustín Saucedo mismo. Debemos de ligar, en un tiempo ulterior, sus hilos con los engranajes corporativos y asociativos, sean civiles, religiosos, o simplemente privados: así el individuo logrará su verdadera dimensión, en su lugar propio.

⁸“Au demeurant le meilleur fils du monde”.